

POR SEGUNDA Y ÚLTIMA VEZ A NUESTROS AMIGOS POLITICOS

I

La circunstancia de haber sido comisionados por algunos conservadores de esta ciudad, para invitar a los del resto del Estado a tomar parte en las elecciones municipales y de Diputados a la Convención, en el supuesto caso de gozar para ello de garantías, y la de haber publicado ya en 15 de noviembre próximo anterior, la circular que habíamos dirigido un mes antes a varios amigos políticos nuestros, nos imponen el deber de hablar una vez más por medio de la prensa, para dar así término a la misión que se nos encomendó y que hemos procurado desempeñar en bien de la paz, del orden legal y de la consolidación de las instituciones en el Cauca.

En nuestra ya citada publicación, concluimos suplicando a nuestros corresponsales que dieran por recogida nuestra circular, siempre que las autoridades no tomaran las debidas providencias para asegurar a todos los electores el derecho de sufragio y continuase éste careciendo de garantías; pues creíamos entonces, como creemos ahora, que mientras las cosas sigan como hasta aquí, es lo más prudente continuar absteniéndonos de toda participación directa en los negocios públicos y que esta abstención es el único medio que nos queda de contribuir al mantenimiento de la paz y al triunfo de los principios de justicia, como tam-

bién el único de ser de alguna manera útiles a la patria. Hoy con vista y estudio de los hechos, insistimos en la misma opinión, y nos atrevemos a recomendarla a nuestros amigos, no porque nos creamos llamados a encabezar al partido conservador del Cauca, ni porque formemos su Consejo directivo como alguien ha dicho, pues no necesitan particular dirección hombres que arreglan su conducta a principios fijos; sino porque somos ciudadanos y tenemos derecho de concurrir con nuestras ideas a formar ese gran poder, sólo inferior a Dios, que se llama opinión pública. Nuestros amigos las aceptarán o las rechazarán, según que las hallen o no conformes con los principios y doctrinas que profesamos.

Aunque estamos convencidos de que nuestros principios tienen en su favor la opinión general de los pueblos del Cauca, nunca pretendimos que el partido conservador enviase a la Convención una mayoría: sólo aspirábamos a que hubiera en ella *algunos* diputados suyos, los suficientes para que fuera oída y atendida su voz, que es la voz de una de las grandes entidades políticas del Estado; *pues si la Convención, decíamos, se compusiese de miembros de un solo partido, podría suceder que, arrastrada por los intereses particulares de éste, consumará en el Estado una revolución tanto más funesta cuanto que tendría las apariencias de legalidad. Queríamos, como también expresábamos, que las nuevas instituciones fueran justamente consideradas obra de la voluntad general y que bajo ellas, cualesquiera que fueran, se restableciera la cadena de la legitimidad, desgraciadamente interrumpida desde 1860.*

Cuando así pensábamos, cuando tal decíamos, cuando tan gratas esperanzas acariciábamos procedíamos bajo el concepto de que la política que

aconsejábamos en pro de la comunidad, se acordaba bien con los intereses del Gobierno que hoy nos rige, y que éste, dueño por la ley del poder electoral y por éste de los demás poderes, tomaría el mayor empeño en dar a todos los partidos garantías para rodearse de la opinión de todos y alcanzar la gloria de ser quien consolidase en este país, por medio de la paz, las instituciones que tan costosamente le fueron impuestas en guerra desastrosa; pero, o nosotros sufrimos error en nuestros juicios, o el Gobierno se ha equivocado en sus apreciaciones sobre las conveniencias del país y las suyas propias, y por consecuencia también en la manera con que ha ejercido el gran poder, el omnímodo poder que la Constitución y las leyes han depositado en sus manos. No nos forjemos ilusiones: por razones de circunstancias, que no es del caso examinar aquí, los legisladores de 1863 confirieron al Poder Ejecutivo la autoridad absoluta: él es dueño del poder electoral y puede, por tanto, nombrar los legisladores y los jueces; autorizado para repartir destinos entre los diputados, lo está igualmente para dominar a la Legislatura, y como, en fin, a su turno todos los agentes del Ejecutivo pueden ser nombrados legisladores, la Constitución ha acumulado en un solo hombre todos los ramos de la autoridad política. Si, en el terreno de la ley, el Poder Ejecutivo del Cauca puede obrar como le parezca: su responsabilidad es puramente moral, y como sólo moralmente se le puede exigir, no hay otro medio de prevenir el despotismo, ni de evitar la anarquía, que trabajar con ardor y eficacia por uniformar en la profesión de unos mismos principios morales a la gran mayoría de nuestra sociedad, lo cual no puede conseguirse sino lentamente por medio de la educación y de la prensa. Proceder de otro modo, pretender el

poder y entrar en la lucha política de los partidos, es obrar contra las justas conveniencias de la sociedad y en contra de nuestras propias ideas: porque toda lucha política trae el apasionamiento y no se exaltan las pasiones sin daño de la moral y sin poner en riesgo inminente la paz y el orden público.

Por lo dicho se verá que nuestro escrito no tiene por objeto hacer censuras al Gobierno: contendrá, si se quiere, la censura de las instituciones, pero no la de quien ejerce como le parece, el poder que ellas le confieren. En un país en que la Constitución misma declara que no hay religión oficial, o en otros términos, donde ni el legislador ni el Gobierno tienen reglas fijas de moral a qué conformarse, aquél y éste están en el derecho de proceder conforme a las ideas morales que ellos profesan. Por otra parte creemos sinceramente que los ciudadanos que forman la administración actual, por motivos independientes de su voluntad, no han podido apreciar la verdadera situación del país ni el estado de la opinión. Por desgracia, los principales miembros de ella han permanecido ausentes del Cauca en los seis últimos años, y si están al cabo de los sucesos, no lo están igualmente de sus causas. Además, bajo la impresión de acontecimientos de otra época, talvez mal preocupados, juzgan que los hombres, las ideas y las pasiones de entonces son los mismos de hoy y yerran sin pensarlo.

Esto sentado, vamos a hacer una breve narración de los hechos consumados a que al principio aludimos, extractándolos de la correspondencia que tenemos de diversos lugares del Estado, y por lo que hace al municipio de Popayán, ateniéndonos a documentos y a informes fidedignos. Por desgracia, no todos nuestros corresponsales nos dan

noticias circunstanciadas, y ni aun de los distritos de Popayán tenemos tantos pormenores como quisiéramos, por las dificultades que desde luego tienen los hombres de un partido para ponerse de todo al corriente de los actos y providencias que dictan autoridades y empleados del partido contrario. Nuestra relación adolecerá, pues, de deficiencia, porque nada queremos decir que sea vago e incierto, nada que no hallemos referido por personas enseñadas a decir la verdad. Sin embargo, lo que digamos será más que suficiente para nuestro objeto. Fijémonos primero en los actos del Gobierno superior, y pasemos luego en revista los pocos que con certeza conocemos de las autoridades y empleados subalternos.

II

Sabido es para todos en el Cauca, y lo notamos en nuestra primera publicación, que las autoridades locales anulan el derecho de sufragio, no expidiendo las cédulas con que se ha de comprobar ante los jurados la calidad de elector. Abuso es éste tan general, que la queja contra él la hallamos repetida en todas nuestras cartas del sur y del norte, y ha llegado a tal extremo, que según uno de nuestros corresponsales, a distrito que tiene cuatro o quinientos electores, sólo se ha mandado el número suficiente para proveer a los ciudadanos adictos a la parcialidad liberal dominante, aunque éstos no pasen de veinte, previniendo que no se pueden aceptar los esqueletos para cédulas que ofrezcan los particulares. Nada sería más fácil que remediar este mal; bastaría que el Gobierno previniese enviar a cada distrito tantos esqueletos de cédulas como electores arrojará el censo, y ordenase, además, que en caso de falta absoluta de di-

chos esqueletos, se aceptaran los que los particulares presentaran, siempre que fueran conformes al modelo legal. Sabemos positivamente que un ciudadano del municipio de Caldas vino a esta ciudad, muy antes de las últimas elecciones, y solicitó del Poder Ejecutivo una providencia como la que dejamos indicada; providencia que por su naturaleza era de carácter general para el Estado, y no especial para una sección de él. Sin embargo el Poder Ejecutivo se limitó a pedir informe al Jefe Municipal de Caldas, como si sólo se tratara de averiguar la responsabilidad individual de ese empleado. El tiempo corrió, las elecciones se hicieron, la providencia no se dictó y el abuso quedó en vigor con detrimento de la ley, y siguen en consecuencia los fraudes, y siguen las elecciones simuladas y sigue la ironía de la República.

En dos municipios del norte, Tuluá y Palmira, los señores jefes municipales tuvieron a bien, para asegurarse el triunfo eleccionario, reunir las municipalidades con sus vocales suplentes, estando en el lugar los principales. Del primero de dichos municipios se ocurrió, como era debido, al Tribunal, y este negocio por su carácter de naturaleza urgente, ha permanecido durmiendo en el estudio del señor Procurador del Estado, quien según sabemos, a las excitaciones del magistrado doctor Lemos, encargado del fallo, ha contestado que no le ha llegado aún su turno al expediente. Entre tanto se verificaban en Tuluá las elecciones y se cometían los atentados de que luégo hablaremos, y que son ya para todos más o menos conocidos.

En nuestra publicación anterior llamamos la atención al Gobierno sobre la deficiencia de su circular de 6 de noviembre, inserta en el número 372 de *La Gaceta Oficial*, a fin de que se sirviese recomendar algunas precauciones contra los aten-

tados que pudieran cometer las autoridades locales que, como lo demostramos, era el peligro más inmediato. No dudábamos que nuestras observaciones serían atendidas, pero no ha sido así: el por qué no lo sabemos; mas el silencio del Gobierno ha debido ser interpretado por los subalternos como una tácita autorización.

Lejos de dictar providencias favorables en la materia, por decreto de 16 de noviembre, en ejecución, según se expresa, de los artículos 3 y 18 de la Ley 92, ha ordenado el Poder Ejecutivo se niegue absolutamente el título o cédula de elector a cualquiera que no se halle inscrito en la milicia del Estado. Es preciso comprobar con un certificado expedido por la autoridad que es uno miembro de un cuerpo militar para que se le reconozca elector y se le expida la cédula correspondiente. Por buena que sea la intención con que se hayan dictado semejantes disposiciones, éstas no son legales: son una ley adicional a la Constitución. Aunque no presentaran otro inconveniente, tienen el muy grave de complicar el régimen electoral, el de obligar al ciudadano a dar mayor número de pasos para hacer uso de sus derechos y el de subordinar el ejercicio de éste a mayor número de voluntades.

Dijimos atrás y es preciso repetirlo ahora, que los conservadores sólo aspirábamos a enviar a la Convención a algunos diputados que representaran nuestros principios. ¿No era esto muy racional en una democracia, o puede censurarse con justicia pretensión tan moderada, tan justa y tan útil al bienestar común? Nos parece que no; sin embargo, el periódico reconocido por órgano semioficial del Gobierno y en que escriben algunos de sus más distinguidos miembros, dice en su primer artículo del número 42 de fecha 16 de diciembre,

que mandar los conservadores algunos diputados a la Convención no tiene otro objeto que el de ponerle embarazos a la administración del Gran General, que tanto se ha distinguido siempre por el impulso que ha dado en el país a todos los negocios de interés general. Con esta ocasión y a renglón seguido, continúa: "¡Liberales alerta! ¿Queréis que el país goce de paz estable y duradera y que no sean inútiles los grandes sacrificios que hicimos en la guerra de 1860? Trabajad en todos los municipios por candidatos liberales y antes de elegirlos, debéis exigirles la promesa de aceptar el proyecto de Constitución que se ha publicado, y medita en los comentarios que no admiten contestación; así como el período del Presidente ha de ser por lo menos de seis años. Con esto habréis hecho lo bastante para descansar tranquilos, porque el hombre que actualmente rige los destinos del país os es bien conocido, etc."

Después de leídas estas palabras, ¿a qué fin habríamos de empeñarnos ya en enviar a la Convención algunos diputados que nos representaran? Sus razones, sus observaciones, por justas y fundadas que fueran, encallarían en el compromiso ya hecho por la mayoría *de adoptar el proyecto como se ha publicado y de dar al Gran General la futura presidencia con una duración de seis años por lo menos.*

Cuando deseábamos que fueran elegidos Diputados conservadores, suponíamos que los pueblos iban a dar una Constitución conforme a la voluntad general, y que en ella serían atendidos, en lo posible, todos los intereses y opiniones de los diversos partidos, secciones territoriales y demás entidades políticas del Estado, juzgábamos que en esta materia sólo los mismos interesados pueden decidir con acierto, aviniéndose y conciliando sus

pretensiones en quieta y pacífica discusión; y creíamos, en fin, que ningún hombre por hábil e inteligente que sea, es capaz de resolver las difíciles cuestiones que surgen en la empresa delicada de constituir un Estado. No imaginábamos, no, que a fines del siglo XIX de la era de gracia, hubiera quién pensara en volver a los remotísimos tiempos de Licurgo, para dar a un país como el nuestro instituciones no amoldadas a nuestras creencias, costumbres y necesidades, sino destinadas para amoldarnos en ellas.

Los conservadores que creen en la posibilidad de la república representativa en nuestra patria, no votarían, de seguro, en la Convención por alargar a seis años el período del Presidente, ni por autorizar su reelección; pues conforme a los principios de su escuela, no hay república donde falta la alternabilidad, y la república queda reducida a pura fórmula, dondequiera que se acepten hombres necesarios, cuyo prestigio seduzca y fascine a los pueblos. En las repúblicas debe gobernar la mayoría de los ciudadanos, y es ella, y no un hombre determinado, por grande que se le suponga, quien debe decidir *e impulsar los negocios de interés general*. Ningún hombre en las democracias debe estar largo tiempo en el poder y, mucho menos, si se ha engrandecido por la espada: "Yo soy el hijo de la guerra", decía Bolívar al Congreso de Cúcuta; "el hombre que los combates han elevado a la magistratura: la fortuna me ha sostenido en este rango y la victoria lo ha confirmado. Pero no son estos los títulos consagrados por la justicia, por la dicha y por la voluntad nacional. La espada que ha gobernado a Colombia no es la balanza de Astrea: es un azote del genio del mal que algunas veces el cielo deja caer a la tierra para castigo de los tiranos y escarmiento de los pueblos. Esta

espada no puede servir de nada el día de paz, y este debe ser el último de mi poder: porque así lo he jurado para mí; porque lo he prometido a Colombia y porque no puede haber república *donde el pueblo no está seguro del ejercicio de sus propias facultades*. Un hombre como yo es un ciudadano peligroso en un gobierno popular, es una amenaza inmediata a la soberanía nacional." El egregio argentino, General San Martín, decía todavía más, cuando al despedirse de América se dirigía a los peruanos; hé aquí sus palabras: "La presencia de un militar afortunado, por más desprendimiento que tenga, es temible a los Estados que de nuevo se constituyen." ¿Con que hasta la sola presencia en el país de una espada brillante es perniciosa? No somos nosotros quienes esto decimos: son los dos hombres más eminentes, más patriotas, más nobles y más grandes de la América del Sur; y no las aplicamos a un hombre en particular, sino a cuantos se hallen en circunstancias análogas a las de aquellos dos próceres inmortales. No obstante permítasenos decir que el General San Martín, menos inteligente que Bolívar, no comprendía como éste la República. Bolívar se expresaba más noblemente y hacía más honor a sus compatriotas, cuando añadía: "yo quiero ser ciudadano para ser libre y para que todos lo sean." ¡Oh! ¡qué grande era Bolívar!

Pero volvamos a nuestro asunto. Si ha de ser condición indispensable de la nueva Constitución del Cauca hacer una presidencia de seis, ocho, doce o más años, los conservadores estarían por demás en la Convención; y si ésta no ha de ser sino parte de la administración del Gran General, ellos servirían ciertamente para ponerle embarazos y para ser rémora al impulso que en tal sentido se intentara dar al país. ¡Oh! ¡raro contraste! los que

se llaman liberales reúnen todos los poderes en el Ejecutivo, y no contentos con esto, quieren perpetuar constitucionalmente la autoridad en unas mismas manos. ¡Ah! ¡y ellos a nosotros nos llaman monarquistas! Por fortuna los pueblos y la historia sobre todo, juzgan por los hechos y no por las palabras.

Comprendemos que los que opinan por acumular toda la autoridad en un hombre y concederle su ejercicio por demorado tiempo, cuentan con que el genio de ese hombre es tal y tan grande y sus intenciones tan sanas, que él, y sólo él, podrá imprimir un nuevo sello, no sabemos cuál, al pueblo caucano, haciéndole mudar de ideas, de hábitos y de manera de ser. No queremos contradecirlo; pero si esto es así, si de tal modo se opina, si cambio tan fundamental se pretende, ¿a qué fin hablarnos tanto de república, y de libertad y de democracia? Dígase francamente: "este pueblo es incapaz de gobernarse; necesita dictadura o monarquía vitalicia, y vamos a darle lo que necesita." Háblese claramente, y entonces nos entenderemos, y entonces sabremos qué gobierno nos rige; mas, entre tanto, los que semejante gobierno proponen, no se llamen liberales, ¡oh! no cambien el valor de las palabras.

III

Jamás creímos que los conservadores pudieran tener completa libertad de sufragio; pues como decíamos en nuestra circular: *no nos sería posible evitar las trampas que las leyes vigentes autorizan, ni ponernos a cubierto de esos arbitrios vergonzosos, efecto de la desmoralización, a que se ocurriría para privarnos del ejercicio de nuestros derechos por la fuerza, para anular nuestros sufragios*

por el fraude, o para inutilizarlos, en fin, inventando delitos y juicios criminales. Cuando así hablabamos, teníamos presente el resultado de las votaciones del círculo de Obando en la elección de magistrados del Tribunal. El escrutinio dio allí en favor de determinados candidatos, según *La Estrella*, la suma enorme de

8.105 votos

Según censo oficial, la población de ese círculo asciende a	33.854 habitantes
Son mujeres	18.430
Varones menores de un año	601
Id. de 1 a 7 años ..	4.414
Id. de 7 a 18 años por lo menos	4.167 = 27.612 (1)

Diferencia que indica el número de electores .. 6.242

Diferencia que indica el exceso de sufragantes .. 1.863

¡Oh! ¡qué prodigio! no dejó de votar ni uno solo de 398 ancianos de 70 a 100 años que da el censo, y ni uno sólo de otros cuatro que nos dice haber mayores de 100 años; no hubo ni un ausente, ni un enfermo en la imposibilidad de concurrir a

(1) El censo da 5.304 individuos de 7 a 21 años. Es indudable que el número en la raza humana, como en toda raza, está en razón inversa de la edad; pero supongamos graciosamente que sea el mismo en todas las edades que median entre 7 y 21 años:

$$\begin{array}{r} 5304 \qquad 12 \\ \hline 14 \qquad 14 \end{array} = 374$$

Multiplicando esta cifra por 11 años que median entre 7 y 18, tendremos los 4.167. Mas si por cada año de menos diéramos, como es razonable, 1% de aumento, tendríamos próximamente que han votado no sólo 1.863 sino 2.324 individuos que no existen.

la elección, y todavía, el número de los que votaron en favor de unos mismos candidatos, excedió en 1863 al de electores posibles. Con estos votos se declara actualmente la elección de magistrados del Tribunal, en la que, se ha dicho en justicia, el Gobierno no tomó particular interés. Ahora bien, si no interviniendo la autoridad del Gobierno, se cometieron tales fraudes, ¿qué habrá sucedido en la elección de municipales, y qué sucederá en la de diputados a la Convención, bajo el influjo de las superiores providencias que hemos mencionado?

Nada diremos de lo sucedido en Barbacoas, donde anticipando inopinadamente el día señalado para las votaciones, confesó tácitamente el círculo oficial, que sólo por sorpresa podría obtener el triunfo eleccionario. La municipalidad de Barbacoas no representa sino a la fracción que supo preparar y dar sobre ella un asalto.

No estamos al cabo del resultado definitivo de las elecciones municipales en Obando. Sólo sabemos que allí, como en todo el Sur, resueltos los alcaldes y demás agentes del Poder Ejecutivo a ganarlas a todo trance para asegurar las de Diputados a la Convención, organizan y disciplinan las milicias y envían aquí y allá partidas, ora para recoger armas, ora a conducir presos y ora, en fin, a perseguir a los ladrones que en tanto tiempo no habían sido molestados. ¿Quién ignora cuánto se alarman nuestros pueblos y cómo huyen y se esconden los ciudadanos desde que se les llama con cualquier motivo al servicio de las armas? En Obando y aún en Túquerres y en Pasto, se han armado y municionado con tales pretextos fuerzas tan considerables, como si estuviéramos en estado de guerra. Ahuyentados de este modo ciertos electores, los que quedan van regimentados, a su-

fragar donde conviene. Así ganaron dos compañías las elecciones en la Unión. No diremos nada de la denegación de cédulas, de la falsificación que de ellas hacen los alcaldes mismos, ni de los fraudes en los escrutinios: todo esto es ya moneda corriente. No extrañemos, pues, que en Túquerres la mayoría de los municipales resultara liberal. De Pasto no puede decirse lo mismo. Allí la opinión conservadora es tanta, que ni los vocales nombrados ni aún el mismo Jefe municipal son otra cosa que conservadores que figuran en uno de los bandos del partido vencedor, sólo por el grande horror que inspiraron en Pasto algunos hombres del bando contrario.

En Cali sólo entraron en la lucha eleccionaria las dos fracciones liberales; y conocíase ya cuál sería la vencedora por el número y calidad de los sufragantes, cuando fue atacada una de las mesas, quedando en la refriega algunos hombres estropeados y aún heridos de gravedad. ¿Quiénes fueron autores de este atentado? Las dos fracciones se lo atribuyen recíprocamente. Nosotros lo ignoramos; pero sí se comprende cuál estaba interesada en cometerlo. Lo cierto es, que según escriben de Cali, el Jefe municipal declaró luego por bando que eran nulas todas las votaciones de la ciudad, *inclusive las de las mesas no atacadas*. No nos explicamos por qué hiciera tal declaratoria la autoridad ejecutiva, y aún suponemos que en esta parte haya sufrido error nuestro corresponsal; pero no lo hay en cuanto a la sustancia, esto es, que las votaciones fueron declaradas nulas. ¿Con qué, según esto, los funcionarios públicos encargados de mantener el orden y de asegurar la libertad del ciudadano, pueden, promoviendo un motín, anular el voto popular? Sea defecto de las leyes, sea falta de los hombres, el mal es grave y amenaza a la repú-

blica por sus fundamentos. Así lo comprendieron los actuales gobernantes del Cauca, cuando hace un año ejecutó la fracción llamada gólgota un atentado semejante en La Pradera; pues desplegaron contra los reos una justa severidad.

En Popayán, se procedió al principio con arreglo a las leyes, y el día de las votaciones, los dos bandos liberales aparecieron unidos para hacer frente a los conservadores: estaban en su derecho. La mayoría de los últimos era incuestionable e incuestionable también su triunfo, si se continuaba obrando legalmente. Para vencerlos se ocurrió a falsificar cédulas; pero este arbitrio no surtió el efecto deseado. Entonces el señor Jefe municipal tuvo a bien derogar de viva voz la ponderada circular del Poder Ejecutivo de fecha 6 de noviembre. Por consecuencia, se recibió ya el voto de cuantas personas llegaban a las mesas, con tal que su cédula fuera aceptable y cada cual sufragó cuantas veces pudo. A pesar de todo los conservadores continuaban en mayoría, y ésta figuraba en la primera mesa cuyo jurado, por haberse instalado antes que los otros, había recibido los sufragios de cuantos votan en las primeras horas de la mañana que son los más.

Hecho el escrutinio en las otras dos mesas, el cual acabó breve empezó a traslucirse por las miradas, movimientos y palabras de ciertos individuos que rodeaban la primera, que se preparaba un golpe de mano; mas por una de esas casualidades que acontecen, no se halló autoridad a quién darle el aviso, todas se habían ausentado en esos propios momentos, a pesar de que el haber cerrado la noche hacía más necesaria su presencia. Conocido ya el resultado final de las votaciones favorable a los conservadores, antes de que en la pri-

mera mesa se firmara el registro, fue atacada, resultando estropeados algunos de los jurados que se empeñaban en salvar los papeles y las urnas. Aquí, sin embargo, no se declararon nulas las votaciones de la ciudad como en Cali, sino sólo las de la mesa atacada, y con sólo la corta mayoría que resultaba de los registros, fueron declarados por la junta escrutadora del distrito miembros de la municipalidad los candidatos liberales. Algunos de los miembros conservadores que había en ella, hicieron notar que el número de votos computado en los dos registros, excedía en cantidad no despreciable al de votantes; que suprimidos estos votos supuestos, el resultado podría variar sustancialmente, y que, por tanto, los dos registros eran nulos: nada valió, y la declaratoria se hizo cerrando el oído a toda declaración en contrario.

No aplicó el Jurado establecido por el artículo 101 de la Ley 92 la misma regla al registro de Dolores, distrito conservador, en que la votación fue absolutamente uniforme. Se halló en su registro un voto excedente sobre el número de votantes; voto que a nadie perjudicaba y cuya supresión no alteraría el resultado. ¡Quién lo creyera! el Jurado tuvo escrúpulo en violar la ley y el registro de Dolores fue anulado sin que se ocurriera siquiera a comparar los guarismos con las boletas para cerciorarse de si había o no algún error aritmético solamente. Después se ha averiguado que el único liberal que había en Dolores, como secretario que fue del Jurado, abusando de la confianza que en él depositaran, aumentó una unidad maliciosamente y que los jurados firmaron sin advertirlo.

Anulado así para la municipalidad un voto conservador, el de Dolores, hubo quienes representarían al mismo Jurado, para que juzgando con la

misma regla, anulase los tres votos liberales que la Junta del distrito le había dado a Popayán, al admitir como válidos registros en que excedían también los votos computados al número de votantes. El punto era difícil de resolver. Pidiéronse luego las boletas para repetir el escrutinio; se hicieron las sumas de arriba para abajo y de abajo para arriba, pero no hubo remedio, la nulidad existía. ¿Qué hacer? El Jurado que anulara el Registro de Dolores, resolvió que no tenía facultad para anular registros, y que, por tanto, revocaba la resolución dada relativamente al primero. Juzgue el lector.

Ya dijimos cómo en Tuluá empezó el señor Jefe municipal por crear con los suplentes una municipalidad *ad-hoc*, y cómo el señor Procurador retardó aquí el despacho del expediente a que ese hecho dio origen. En aquel municipio, gólgotas, conservadores y aún algunos hombres influyentes que eran antes de la otra fracción liberal, se acordaron en unos solos candidatos, y era por lo mismo indisputable que el círculo oficial sería igualmente derrotado. Para contrapesar las fuerzas de la opinión, cada elector adicto a la autoridad recibió con anticipación dos cédulas, y durante las votaciones, se hacían todas las trampas de costumbre, hasta tal punto y extremo que los dos partidos unidos en contra se quedaban siempre atrás. Era ya tarde y parece se hacía el escrutinio, cuando una de las mesas clandestinamente amarrada por medio de una larga sogá a la silla de un jinete, se escapó de súbito, rompiendo la multitud de los espectadores entre la sorpresa de unos y la risa de otros, dejando estupefactos a los señores jurados, muchos de los cuales cayeron de espaldas con sus asientos. Este hecho es desconsolador; es la burla más amarga que puede hacerse de las instituciones. Los que amamos la República, los que en

ella tenemos fe y esperanza, no podemos menos que lamentar que así se la ultraje y vilipendie.

Pero en Tuluá, después de todo, no se anularán las votaciones; porque al fin, el círculo oficial tenía en ellas mayoría de votos. Para esto, se pretende que no hagan el escrutinio ni declaren la elección las juntas del distrito, conforme al artículo 68 de la ley de elecciones, sino otra junta que presida el Jefe municipal. Ya veremos lo que resulta. Entre tanto referiremos la parte seria que ha tenido el sainete.

El señor Jefe municipal hizo posta al Gobierno dándole parte de una rebelión y pidiéndole autorizaciones especiales y fuerza armada; y para darle mayor apariencia a su denuncia, se trasladó el mismo a Roldanillo en calidad de prófugo. El posta regresó difundiendo la alarma desde Popayán a Palmira; esto es, propagando la noticia de la supuesta rebelión y pidiendo a las autoridades del tránsito auxilios y escolta para seguridad de su persona y del mucho dinero (y eran 300 pesos) y órdenes del Gobierno que llevaba para armar en Palmira tropas y someter a los rebeldes. Por desgracia, no toda la relación del posta era falsa; supuesto que bien pronto siguieron de Palmira unos 70 hombres sobre Tuluá. El individuo que ejercía allí la Jefatura municipal y posterior renuncia del anterior, se dio a inquietar a los vencidos de la pacífica villa: partidas armadas recorrían sus calles por la noche, haciendo tiros y dando muertas y gritos amenazantes contra los conservadores, y sin inventar siquiera pretextos, nos dice un corresponsal, fueron rotas con fuerza armada las casas de los señores Cancino y Escobar. Se creyó que el señor Manuel José Hurtado, Jefe municipal nombrado en propiedad, devolvería inmediatamente la tranquilidad a ese buen pueblo; pero lejos de posesio-

narse y obrar pronto, vino a Popayán a recibir órdenes e instrucciones verbales. Puede ser que a su vuelta, el mal haya cesado.

Cuando tales cosas suceden en la cabecera del municipio, no se extrañará lo que ha pasado en los distritos. El Jefe municipal nombró para ello alcaldes *ad-hoc* que cuidaron, entre otras cosas, de no dar cédulas a los electores que les eran adversos. En Huasanó, donde la opinión conservadora es casi uniforme, el alcalde tuvo a bien esconderse, (recurso fácil pero un poco molesto para quien lo emplea) y el de Bugalagrande repartió presto entre sus amigos las pocas cédulas que le envió la autoridad superior. Remitióle oficialmente 100 el Consejo Administrativo, tan luego como supo la escasez que había de ellas; pero el señor alcalde, un tanto impresionado, dijo con enojo: "esos esqueletos no sirven." A las observaciones que se hicieron, repuso: "cumpló con órdenes superiores", y apurado, en fin, por los argumentos de los circunstantes, concluyó con estas o semejantes palabras: "estamos en el poder y haremos lo que nos convenga."

Como en Tuluá, así también en Palmira tuvo a bien la autoridad seccional hacer municipalidad con los vocales suplentes; mas cuando concurrían los principales, que estaban en el lugar, se ocultaba el Secretario, y no parecía ni vivo ni muerto, hasta que, retirados aquéllos, cesaba el eclipse; el escondido reaparecía y la municipalidad funcionaba. Esta comenzó sus tareas por nombrar para miembros de la Junta calificadora individuos de confianza.

La famosa rebelión de Tuluá fue de mucho auxilio para el círculo oficial en Palmira; pues autorizado para armar tropas, tuvo a la mano un medio eficaz de ahuyentar a ciertos electores para que

no sufragasen el segundo domingo de diciembre. Al fin, como dijimos, salieron a tambor batiente de Palmira unos 70 hombres sobre Tuluá. Lo que en aquella villa sucedió ya lo hemos dicho: el pueblo estaba de paz, pero la autoridad entró de guerra. También fue provechosa al mismo círculo la ley 115 sobre milicias, que hacía días reposaba en el despacho de la Jefatura y que se trató de llevar a ejecución en los días de elecciones, quizá porque antes no habría habido tiempo. Por todo lo dicho, nos escribía un amigo de Palmira: "los conservadores nos abstendremos de votar, porque ¿cómo vencer tantas dificultades? ¿cómo animar a nuestros sencillos labriegos y artesanos a deponer sus alarmas y temores? ¿ni para qué, en fin, habremos de molestarnos, si al cabo nos sucederá lo que en las votaciones para Magistrados del Tribunal, que nuestros votos no se computen?"

De Cartago, pueblo esencialmente conservador, nos decía: "aquí la municipalidad será conservadora en su mayoría y en lo demás gólgota, porque la otra fracción liberal se halla muy reducida y a despecho de los fraudes que pueda ejecutar, la municipalidad no será ciego instrumento del poder." Sin embargo, posteriormente hemos sabido que los dos bandos liberales se ligaron para hacer la elección en comandita. Los gólgotas tuvieron la ventaja en lo que hace a votos; pero la otra fracción tuvo la inestimable de ser la escrutadora. Los conservadores no tuvieron la mayoría que esperaban, pero a su vez los gólgotas auxiliares quedaron chasqueados.

De Atrato, San Juan, Buenaventura y Buga, nada sabemos; y de Toro se dice que la fuerza pacificadora de Tuluá extendió al norte su benéfica influencia. De Santander, nos informaron que las votaciones se habían hecho con legalidad, y que

según los registros que llevaron los particulares, la mayoría de los municipios electos era conservadora; pero últimamente ha llegado a nuestra noticia que se trataba de falsear o anular la elección de Buenos Aires y no sabemos cuales otras, para producir en el escrutinio una mayoría diferente. No estamos bien impuestos de estos hechos, y el haber procedido honradamente al principio, nos hace creer que se continuará obrando del mismo modo. Lo que sí podemos afirmar, porque conocemos bastante el estado de la opinión en ese municipio, es que tenemos convicción de que legalmente la mayoría de la municipalidad no puede pertenecer allí en ningún caso a la fracción gobernante.

El poder de la opinión en Caldas ha superado y vencido todos los obstáculos: a pesar de mandar sólo 50 cédulas para distritos de 800 electores, y a pesar de la constante acción de las autoridades, el triunfo ha sido espléndido en la votación.

Lo que acabamos de decir de Caldas; lo que dijimos de Pasto; el haber alcanzado los conservadores algunos vocales en todas las municipalidades y contar hoy mismo con nueve en la de Popayán, después de falseadas las elecciones del distrito capital y del de Silvia, contra siete gólgotas y seis de la otra fracción; y el de haberles sido necesario a nuestros adversarios ligarse en varios puntos para hacernos frente, están probando cuán pujante es la opinión conservadora en el Cauca. Que no nos aflija ni desaliente lo que acaba de pasar. Un día vendrá en que la opinión sea tal, que nada pueda contenerla ni nadie resistirle. Llegará para nuestros principios, más tarde o más temprano, un triunfo pacífico, incruento, sin discordias ni alarmas, y con el asentimiento expreso de muchísimos que hoy parecen sernos enemigos.

IV

Los hechos relacionados ponen fuera de duda que la fracción liberal dominante agotará su ingenio y los medios y recursos que le dan su posición y la ley, para excluir a los conservadores de toda representación en la asamblea constituyente. En nuestro concepto, nada sería más perjudicial al país y a nuestra propia comunidad política que oponernos a esos deseos y tomar parte en la lucha eleccionaria. En vista de las injusticias que se cometieran, muchos conservadores correrían riesgo de irritarse y de afiliarse en una oposición apasionada. Por otra parte, no todos son dueños de sí mismos y en un momento de exaltación, pudieran lanzarse en vías de hecho, cediendo talvez a instigaciones de personas interesadas en un trastorno. Juzgamos que nuestra política debe ser la de conservar la paz a todo trance; que a ese objeto debemos subordinar cualquiera otra consideración, cualquier otro interés por noble que sea, y que, por conseguirlo, debemos resignarnos a todo, menos al delito. Es preciso que algún partido en América demuestre al fin, con los hechos, que tiene fe y confianza en los principios que profesa y que no todos son aquí nada más que guapos de espada y lanza, como han dicho algunos políticos extranjeros. La paz purificará la atmósfera moral que respiramos y entonces veremos lucir en ella, para nosotros y para todos, el sol de la justicia, de que recibiremos el calor y la vida de la libertad verdadera.

He aquí por qué resolvimos retirarnos de la polémica política en la prensa periodística, en la cual veíamos un peligro próximo de descender a discusiones apasionadas; he aquí por qué no contestamos ni contestaremos jamás a injurias que nos di-

rijan, pues nuestras respuestas podrían dar ocasión a encender el fuego de las pasiones y fomentar la discordia. La opinión nos es favorable; en paz, en calma, cada día cobrará mayor poder. Las mismas faltas de nuestros adversarios, su impolítica y sus errores, trabajan por nuestro triunfo mucho más que millares de votos que lleváramos a las urnas eleccionarias. Que ellos lo comprendan así en vista de nuestra conducta y éste será el mayor de nuestros triunfos; porque ¿para qué querríamos el poder si hubiera justicia, paz y tranquilidad bajo los hombres que hoy lo ejercen?

Frecuentemente el espíritu de partido ciego, y los miembros de cada cual de ellos imaginan, en su pasión, que todos los del contrario obran de mala fe. A Dios gracias, esto no es así: la generalidad de los que obran mal en uno y otro partido, están extraviados por error o cegados por prevenciones ya formadas, y es preciso que el tiempo y los hechos hagan caer la venda de sus ojos y devuelvan la calma a su corazón. El medio es no estimular odios a que es tan propensa la miseria humana; no infundir temores que nacen siempre de las prevenciones personales; ni producir alarmas que son siempre causa de malestar. Abstengámonos de toda lucha; que, de ordinario, la justicia no triunfa en el mundo por la actividad de la fuerza, sino por la resignación y el sacrificio, y veremos cómo en ese partido liberal hay una gran mayoría que ama lo que nosotros amamos y aspira a lo que nosotros aspiramos, esto es, que quiere el bien de la patria y el régimen de la justicia. No lo dudemos, una gran mayoría de nuestros adversarios políticos, no está de acuerdo con muchísimos malos principios y doctrinas puestos hoy en boga; pero no se atreve a combatirlos, porque teme obrar contra los intereses de su partido y sus propios intereses. Todos

ellos, una vez que se persuadan de que nosotros no herimos los intereses de nadie, que sólo aspiramos a paz, justicia y libertad arreglada, los mismos liberales que crearon esta situación y que echaron sobre sí la responsabilidad de lo porvenir, se afanarán por remediarla. Quizá los mismos hombres que hoy gobiernan, meditando en calma, comprenderán claramente cuáles son las verdaderas necesidades del país, y entrando con franqueza por el camino que les alumbrará su propia inteligencia, tratando a todos los partidos con equidad, y dando a todos garantías, asegurarán la paz y el progreso del Cauca y conquistarán para sí propios, no diremos un nombre inmortal, sino un nombre glorioso; porque, ¿de qué sirve, qué cosa peor puede imaginarse que la inmortalidad sin la gloria?

SERGIO ARBOLEDA. JOAQUIN VALENCIA. FRANCISCO DE P. URRUTIA.

Popayán, 31 de diciembre de 1871.